

mico y científico parece que hemos progresado poco, aunque siempre es bueno haber aprendido algo.

Ahora habremos de pensar si en cuestiones de bienestar material, que son, en definitiva, determinantes del bienestar político (y siento ser tan materialista frente a una realidad tan espiritual como es la picaresca española), podemos conceder tan amplio margen al compadrazgo y a la simpatía de los que consideramos los nuestros (familiares y amigos).

En la cuestión de los medicamentos, como en otras cuestiones que afectan a artículos cuyo uso está generalizado y cualquiera es experto para conocer si está siendo víctima o no de un abuso, es facilísimo traspasar la paciencia pública, aun en el caso de un pueblo proverbialmente paciente, como es el nuestro, aunque mucho se le calumnie en este aspecto y en muchos otros (...).

Ya sabemos que España es un país con gente «muy lista», no se trata de un pueblo de «infelices», como los centroeuropes. Pero hay que calibrar bien las épocas en que es posible tan admirable «lizeza».

Con los ojos del mundo sobre nosotros, creo que más bien debemos hacer un acto de contrición y ser absueltos.

Todos deseamos ingresar en la civilización, pero hay que pasar el examen de ingreso. Un examen sin recomendación. ■ JAVIER REDONDO MARCÓ (Valencia).

## SALARIO MINIMO

Con el asombro consiguiendo leer en la prensa, con grandes titulares, como un gran avance, el aumento del salario mínimo, que consiste en dieciocho pesetas. ¡Hay que pensar en el poder adquisitivo de esas 120 pesetas! Por otro lado, también en la prensa nos dicen que se necesita, para



alimentar a una familia, pongamos de dos hijos, unas 140 ó 150 pesetas diarias. Pongamos las 120 para alimento, quedan por cubrir aspectos tan importantes como casa, luz, carbón, vestido..., no pensemos que el obrero tiene que instruirse, distraerse, etc... El

ministro de Trabajo reconoce lo insuficiente del aumento, pero dice que cualesquiera modificaciones en el salario suponen una alteración en el orden económico, con perjuicio para la comunidad nacional «y para los propios trabajadores».

Nunca sería el perjuicio causado a la comunidad tan grande, entendiéndolo que el mundo del trabajo pertenece a ella, como el que se le ocasiona a una parte de esa comunidad, con la insuficiencia de su salario. Dependiendo la comunidad nacional de ese mundo del trabajo, por lo que debería ser el mejor atendido. ■ CONCEPCION PASCUAL (Madrid).

Sobre este tema remitimos al lector al comentario de Arturo López Muñoz publicado en el anterior número de TRIUNFO. Estimamos que allí quedaba el tema analizado hasta sus últimas raíces.

## MAYOR AUTENTICIDAD CRISTIANA

Es curioso, y nada de sorprendente en un pueblo de altos valores religiosos como el nuestro, que en estos días de Semana Santa, la mitad de nuestros conciudadanos se lo pasen «bomba», en la huida de las ciudades en busca de diversiones y recreos, y la otra mitad, menos afortunada («pero más católica») pase estos días envidiando a los que están fuera. Pero siempre, claro está, a los que se han quedado les queda el consuelo de la música fúnebre-clásica que emite la radio; el cierre de los espectáculos..., mientras TVE nos recuerda cansinamente lo que, por lo que se ve, interesa a menos gentes de lo que se piensan sus directores programáticos.

¿Hasta cuándo este desfase mastodóntico entre el comportamiento de la mayoría y la «pena» oficial? ¿No sería mejor, en lugar de imponer un duelo a discreción, dar los cauces necesarios para que cada cual fuere libre de aceptar o no?

Y es que, en verdad, al actuar así parecen demostrar no tener confianza en el católico, apostólico y romano pueblo español, pues de tenerla dejarían a la radio, TV y espectáculos públicos con su marcha normal, que el disfrutar de ellos o no sería de la elección de quien siente o no las conmemoraciones de estas fechas. Se ayudaría así enormemente a que cada cual se conozca y desarrolle auténticamente sus verdaderas tendencias (...). ■ MANUEL CIDONCHA (Barcelona).

## EL MISTERIO DE LA VIDA

Doña Concepción Pascual, en la página de los lectores (TRIUNFO, número 404) y bajo el título «Derecho a la vida», dice muchas cosas que ya se han dicho muchas veces, sin que por ello sean más convincentes. Pues el control de la natalidad es vital para evitar que mueran millones de nacidos en esa temible explosión demográfica que sin él padecería la Humanidad. Y para que puedan vivir, y vivir plenamente, muchas mujeres condenadas a muerte por la maternidad. Sin excluir a otras muchas que, si no la vida, sí ven su felicidad amenazada con ese parto casi anual, cuando no disponen de salud, ni fuerzas, ni nervios, ni espacio vital en la casa, ni dinero suficiente para mantener y educar a todos los hijos que pueda engendrar su cuerpo. O porque, simplemente, por sentirse más individuos que especie, antes seres humanos que hembras, se rebelan ante la idea de pasarse la vida a merced de sus funciones biológicas, exclusivamente dedicadas a la procreación. Una procreación innecesaria, por otra parte, y aun negativa para la salud y bien del individuo y de la especie.

Controlar la maternidad no es jugar con la vida, sino controlar esa vida con la inteligencia racional —que, dentro de la evolución de la Naturaleza, desplaza y realiza las funciones del instinto— que posee el ser humano y le da un primer puesto sobre nuestro planeta. Inteligencia que, repito, está tan dentro de la Naturaleza como las estrellas, la Tierra o el animal (...). Critica fuertemente el egoísmo de los padres, pero poco después hace el juego de la adivina adivinanza: «¿Quién dice a esos padres que el hijo que ellos desean es verdaderamente más apto para sus planes económicos y educativos? ¿Cómo sabrán ellos que el que no desean es el que les colmaría de felicidad?». De esta manera, contradiciéndose a sí misma, coacciona a algunos posibles padres con la duda de si no se estarán perdiendo el «gran negocio» al evitar los hijos.

No falta la invocación al misterio de la vida. Misterio que, por cierto, ha dejado de ser tan misterioso desde que en un laboratorio los científicos pudieron comprobar que dos átomos libres de hidrógeno fundidos formaban uno de helio, y así hasta la molécula DNA, en donde el ciclo de la materia viva comienza. ■ CARMEN TRILLO FRAIZ (Madrid)

NUSCH

